

Antropología física y Paleoantropología

COMAS, JUAN, *Dos microcéfalos aztecas. Leyenda, historia y antropología*. Cuaderno de Antropología, número 22. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional de México, 1968. 134 pp. y 13 láminas.

La leyenda que rodeó la aparición a mediados del siglo XIX de los llamados "niños aztecas", merece todavía hasta nuestros días la atención de los historiadores, los antropólogos y los científicos. Los dos niños "enanos", exhibidos con fines de lucro por individuos inescrupulosos y objeto de estudio de eminencias científicas de la época, son ahora el tema de un trabajo del antropólogo Juan Comas, titulado "Dos Microcéfalos Aztecas" y editado por la UNAM.

Con gran acopio de antecedentes, el antropólogo Comas va delineando la leyenda, la historia y la antropología, relativas al caso. En la última parte de su trabajo, incluye 16 apéndices de gran utilidad y de un valor innegable: son ellos los trabajos publicados por científicos de gran talla del siglo pasado, abocados al estudio de estos dos sujetos. Éstos abarcan, sólo para mencionar algunos, a hombres tan importantes como Jules Guérin, Richard Owen, Paul Broca, Rudolf Virchow, F. Birkner, Saussure, Paul Topinard y una curiosa carta de Humboldt a J. M. Morris, propietario de los "liliputienses aztecas". El doctor Comas agrega, además, un inapreciable material gráfico, fotografías y dibujos de la época sobre los dos extraños personajes.

La leyenda parece haber nacido de un relato del famoso explorador de la zona maya, John L. Stephens, el que expresara la creencia, transmitida a él por un viejo sacerdote, de que todavía existía una antigua ciudad, habitada por aztecas, aislada y que mantenía las costumbres precortesianas. Aún cuando la historia no ha entregado datos fidedignos, se supone que Raimundo Selva y Pedro Velázquez, españoles de San Salvador, aprovecharon la leyenda de la inexistente ciudad de Iximaya para hacer de ella la cuna de Bartola y Máximo, y elevaron a éstos al rango de deidades o niños ídolos de tal ciudad.

Según los antecedentes recogidos por Comas, los dos niños eran hermanos, hijos de un matrimonio de mulatos o zambos, de extracción modestísima, de origen racial dudoso, a juzgar por sus características somáticas, y procedían de la localidad de San Miguel de El Salvador. De cómo fueron arrancados del lado de sus padres para ser exhibidos como seres extraños en distintos lugares del mundo, poco se ha podido precisar. Sin embargo, ya en 1851, cuando no tendrían más de 10 u 12 años, eran expuestos diariamente, con fines de lucro, en distintas ciudades de los Estados Unidos bajo la propaganda de ... "Los aztecas" ... "no son enanos, son verdadera gente miniatura ..." Ya también en esa época empezaron a ser objeto de estudio de los científicos de Europa y de los Estados Unidos y a ser presentados ante sociedades científicas y auditorios de distintos lugares del mundo.

Gracias a los datos médicos y antropológicos proporcionados por los trabajos de los científicos, poco a poco se fue destruyendo el mito de su carácter divino y a derribar las falsas asociaciones de sus posturas o deformaciones con esculturas hieráticas de Palenque. Sin embargo, hubo no pocos que, como Paul Broca, creyeron después de estudiar sus músculos, que efectivamente "los niños habían sido adiestrados desde su más tierna infancia a recibir, en la actitud de los dioses de Palenque, la adoración permanente de los fieles". Todos ellos coincidieron, no obstante, en que los dos "aztecas" no eran más que casos patológicos de microcefalia, sin indicios de haber sufrido deformación craneana artificial y que no eran miembros de ninguna raza especial o tribu de enanos. En cuanto a su origen étnico, dudoso para todos, se rechazó toda semejanza directa, aún fortuita, con los aztecas.

¿Cuándo murieron?, ¿en qué circunstancias?, ¿dónde? ... a pesar del seguimiento que pudo realizar el antropólogo Comas, éste debe confesar que sus huellas se han perdido definitivamente; hecho que es de lamentar, según lo expresa el investigador, por las conclusiones médicas y antropológicas que se hubieran podido sacar del estudio de sus cadáveres.

Por lo extraordinario y conmovedor del asunto, por las increíbles historias que se tejieron a su alrededor y por la presentación clara, científica y, no por ello menos humana del tema, la lectura de este libro resulta muy interesante. Si el relato de Comas es de por sí atractivo, no lo son menos los apéndices con los estudios médicos y antropológicos de esa época. Los dos microcéfalos "aztecas", enanos "aztecas" o "indios enanos exhibidos como aztecas", después de un siglo de conmoción, siguen provocando el interés de los estudiosos.*

ALONSO ORTIZ RUSSELL